

y desastrosa puesta en escena de la visita de Donald Trump como candidato, y cuyos saldos reales no podremos medir del todo hasta saber si Biden gana o no la presidencia y si los demócratas se hacen del control del Senado. Y, por si fuera poco, este episodio tiene dos colofones a cuenta del actual gobierno mexicano: la epístola de Andrés Manuel López Obrador a Trump el 12 de julio de 2018 después de su triunfo electoral, destacándole, *à la* Timbiriche, que “tú y yo somos uno mismo”, desplazando al “*establishment* o régimen predominante” de ambas naciones, cosa que irritó profundamente al liderazgo demócrata en el Congreso; y la reunión del mandatario mexicano con su homólogo en la antesala de la campaña y su zalamería innecesaria en la Casa Blanca, convertida ahora en cita de lujo de los *spots* de campaña de Trump por el voto hispano.

Con Joe Biden como el candidato demócrata, no debiera haber la menor duda acerca de cuál opción es la mejor para México. De un lado, un hombre que conoce a fondo la relación bilateral, que la ha abonado y jugado un papel central —desde el Senado y luego la vicepresidencia— en todos los temas de nuestra agenda durante las pasadas tres décadas: la aprobación del TLCAN en 1993, el paquete financiero de 1994, la eliminación del proceso unilateral de certificación legislativa sobre drogas en 2001, el apoyo a la iniciativa de ley bipartidista Kennedy-McCain para la reforma migratoria en 2007, o la construcción de un andamiaje de cooperación en seguridad, inteligencia y procuración de justicia. Pocos políticos en Estados Unidos conocen hoy la relación con México como Biden. Del otro, Donald Trump y su política de chantaje, embestida, diatriba, emboscada y contaminación permanente de la relación con México, con una agenda xenófoba

y antiinmigrante que lacera a millones de migrantes indocumentados mexicanos y que cilindrea al supremacismo blanco que ya se cobró la vida de mexicoamericanos en el atentado en El Paso en 2019.

Hay que decirlo con todas sus letras: apostar el futuro de México a otro periodo más de Trump es como entregarles las llaves de Fort Knox a Bonnie y Clyde. Alcanzada la renegociación del TLCAN, a él lo único que le importa con relación a México son los temas de seguridad fronteriza, la migración y ahora el trasiego de drogas ilícitas —del fentanilo en particular—. Fuera de esos asuntos que forman parte de su narrativa política-electoral frente a su voto duro, Trump no va a levantar ni el meñique para defender en México las premisas de una democracia liberal y de un sistema de pesos y contrapesos y separación efectiva de poderes, de la autonomía de organismos y dependencias clave para nuestra salud democrática, de los derechos humanos y la equidad, de la importancia de la libertad de expresión y de prensa, de una economía de reglas claras y piso parejo, de una sociedad plural y abierta. Todos estos temas le importan un rábano a Trump.

Y no sugiero aquí que una potencial administración Biden será un día de campo para nuestro país. De entrada habrá facturas que saldar por las percepciones —válidas o no— de que este y el anterior gobierno mexicanos se decantaron por Trump. Y Biden será mucho menos reacio a hablar —en público y privado— de los retos que enfrenta nuestro país en su vertiente interna en este momento. Pero sin duda alguna, en términos de la relación madura, corresponsable y sinérgica con Estados Unidos a la que muchos le hemos apostado durante años, el escenario más deseable es una victoria de Biden. —

**ARTURO SARUKHÁN** es diplomático y consultor internacional. Mantiene una columna en *El Universal*.

## Reconstruir mejor: la oportunidad histórica de Joe Biden

SIMON ROSENBERG

Si Joe Biden y Kamala Harris ganan la elección de noviembre, van a heredar un país terriblemente dañado por dos fracasos actuales: la respuesta a la pandemia de covid-19 y el colapso y radicalización de uno de los dos principales partidos políticos.

En un ensayo publicado en esta misma revista en 2012 advertí que el Partido Republicano, en lugar de reinventarse para hacer frente a los retos de la globalización y la era posterior a la Guerra Fría, estaba luchando contra estos cambios, convirtiéndose en una fuerza reaccionaria antimoderna en la vida estadounidense. Los resultados de la trayectoria ideológica republicana de Reagan a Trump han sido desastrosos para Estados Unidos. En el plano geopolítico, la influencia estadounidense en el mundo nunca antes había estado a niveles tan bajos. Los presidentes republicanos han marcado el inicio de tres recesiones consecutivas y dejaron a la nación más endeudada que en cualquier otro momento desde la Segunda Guerra Mundial. El coronavirus confundió al presidente actual y su rechazo a atenderlo a tiempo ha provocado un daño duradero a la economía estadounidense y a la salud de su gente. Una malevolente supremacía blanca ha revivido, lo que ha creado serias divisiones en una sociedad diversa, donde millones de migrantes se sienten



Fotografía: Lawrence Jackson/Biden vs. ZUMA Wire

rechazados en su nuevo hogar. Pero el fracaso más trascendental del Partido Republicano en esta era ha sido su concesión del descenso de Trump a un iliberalismo inspirado en Putin, lo cual pone en peligro el esfuerzo centenario de Estados Unidos por difundir la democracia en todo el mundo.

En caso de ser presidente, Biden tendría una oportunidad extraordinaria para hacer lo que él llama “reconstruir mejor”. Sería sabio para él ver este momento como el comienzo de una nueva era, un proyecto generacional para reiniciar Estados Unidos y el mundo después del trauma colectivo.

¿Qué es lo que “reconstruir mejor” significa en términos prácticos? En Estados Unidos significa superar la pandemia, reconstruir la economía, combatir el cambio climático y buscar un futuro con menores emisiones de dióxido de carbono, mejorar los servicios de salud, modernizar el sistema de migración, reformar el departamento de justicia criminal, adoptar leyes

de uso inteligente de las armas, y renovar la democracia. En cada uno de estos esfuerzos, la adopción de estrategias que aborden las desigualdades raciales y económicas acumuladas será de suma importancia porque en un Estados Unidos tan diverso demográficamente el hacer *e pluribus unum* después de Trump puede ser el mayor desafío de Biden.

A nivel global Biden, Harris y los demócratas deben enfocarse en tres desafíos: combatir el coronavirus y ayudar en la reconstrucción futura, ganar la batalla en contra del cambio climático y renovar el orden liberal dando forma a un claro y determinante contraataque al creciente iliberalismo que vemos hoy en todo el mundo.

Para ser exitoso, al menos en dos de estos proyectos globales, Estados Unidos necesita enfocarse de manera intensa en el primero. Esta desalentadora amenaza global podría traer a la administración Biden una oportunidad única para demostrarle al mundo quién es Estados Unidos ahora,

a través de compromisos y liderazgo. A pesar del trabajo que debe hacerse en casa, no podemos continuar con el enfoque aislacionista de Trump y debemos realizar un esfuerzo verdaderamente significativo para ayudar a dar forma al mundo después del coronavirus.

Pero hay una cosa más por hacer. En honor al trabajo de Franklin D. Roosevelt, los líderes estadounidenses deben denunciar enérgicamente la supremacía blanca en todas sus formas. Tenemos que dejar en claro que los valores plasmados en su “Discurso de las cuatro libertades” son universales, para todas las personas independientemente de su raza, religión o país de origen. La supremacía blanca no es solo un legado malicioso de nuestro sistema de creencias arraigado en el pasado racista y colonial, sino que es también antimoderno. La supremacía blanca de Trump debe tirarse al cesto de basura de la historia, donde pertenece.

Si Biden se corona victorioso este otoño, los demócratas tendrán una oportunidad histórica para “reconstruir mejor” Estados Unidos. Esperemos que encuentren la combinación perfecta entre entusiasmo y pragmatismo para hacer frente al momento. Lo que pase con el Partido Republicano es más difícil de precisar. Idealmente, un movimiento reformista podría tomar el control y ayudar a construir un partido de centro-derecha que repudie el iliberalismo de Trump. Pero ese no es un escenario factible, en mi opinión, lo que significa que Estados Unidos y el mundo tendrán que lidiar con el legado del trumpismo durante varios años más. —

*Traducción del inglés de Karla Sánchez.*

**SIMON ROSENBERG** es fundador de New Democrat Network y de New Policy Institute. Fue miembro del equipo de Bill Clinton durante su campaña a la presidencia.